

El hilo del Terror. Quitando el halo estalinista a la Revolución Francesa

Ezequiel SIRLIN

Universidad de Buenos Aires

ezequielsir@yahoo.com.ar

Recibido: 10/01/2012

Aceptado: 20/06/2012

RESUMEN

El Terror..., de David Andress insinúa una corriente “desestalinizadora” de la Revolución francesa, dentro de la cual podrían incluirse los estudios culturales de Robert Darnton y las historias integrales de Peter McPhee y George Rudé. Se trata de un giro empirista de signo político contrario al iniciado por Alfred Cobban en 1950, y llevado a su expresión más brillante por François Furet. Aquel revisionismo llamaba a desconfiar de los relatos que planteaban un Terror defensivo de las amenazas reales y establecía equivalencias entre las purgas estalinistas y las jacobinas. En cambio, este nuevo revisionismo revaloriza la llamada “Tesis de las circunstancias”, priorizando el dramatismo de la secuencia fáctica posterior a la huida fallida del Rey sobre el circuito semiótico que según Furet dominaba a la Revolución.

Palabras clave: Revisionismo, Revolución Francesa, Terror, Estalinismo, Historiografía.

The Thread of The Terror: Removing the Stalinist Halo from the French Revolution

ABSTRACT

... *The Terror* by David Andress suggests a “destalinizing” current of the French Revolution, which could include the cultural studies of Robert Darnton and the integral stories of George Rude and Peter McPhee. This is an empirical turn opposed to that initiated by Alfred Cobban in 1950 and taken to its most brilliant expression by François Furet. That revisionism called for distrust of conclusions that compared of defensive Terror of the jacobins in the face of royal threats with stalinist purges. Instead this new revisionism revalues the “thesis of circumstances”, prioritizing the drama of the factual sequence after the King’s failed flight over the semiotic circuit Furet dominated by the Revolution.

Key words: Revisionism, French Revolution, Terror, Stalinism, Historiography.

El Terror de David Andress (2011) es una rigurosa historia narrativa de los hechos peor reputados de la Revolución francesa: aquellos a los que una versión de la historiografía “antitotalitaria” del siglo XX vinculó con la paranoia del estalinismo maduro. Entre ambos procesos habría, según esta visión, unas equivalencias en la mecánica autoritaria y en su pasión impulsora.¹

Cabe preguntarse si la espiral de violencia revolucionaria desatada a partir de 1792, era efecto de un uso estratégico y centralizado del complot aristocrático o si más bien, se trató de la consecuencia del funcionamiento de una maquinaria delatora desbocada, con mando disperso y cambiante, cebada en la lucha facciosa y en las propensiones retórico- imaginativas habituales a toda revolución. Una tercera alternativa, conocida como la “tesis de las circunstancias”, propone que dicha violencia fue defensiva y más acorde a las amenazas reales, internas y externas, que fueron acechando a la revolución en forma abierta o emboscada.

En vísperas del bicentenario, el *Diccionario de la Revolución francesa* dirigido por Furet y Ossouf compendia los argumentos que venía acumulando un revisionismo tan crítico de la vindicación jacobina como de la interpretación marxista.² La revolución era seccionada por aquellos autores en “acontecimientos”, “actores”, “creaciones”, “historiadores” e “ideas”. Deconstruida pieza por pieza, luego era vuelta a armar como probablemente no lo haya sido ningún otro acontecimiento de la historia universal. Esta interpretación sería dominante en los festejos oficiales de 1989 y constituyó, según Perry Anderson, la base histórica para un viraje cultural a la derecha de una Francia dispuesta a sacrificar conmemoración nacional por la mentada sensatez anglosajona, aparentemente reacia al revolucionarismo.³ El hecho de que el artículo sobre la “contrarrevolución” de ese *Diccionario* figurase en la sección de “ideas” en lugar de la sección de “acontecimientos”, respondía a un viejo argumento revisionista al que la brillante pluma de Furet venía consolidando a partir de la aplicación de procedimientos que deconstruían los “mitos” de sesgo jacobino y marxista.⁴ Contrarrevolución y *complot aristocrático* eran para Furet más el producto de una subjetividad negativa conveniente al mesianismo regenerador, que la amenaza real que mantuvo a la revolución pendiente de un hilo, como suele decirse. Menos imaginario habría sido el *Terror* revolucionario, cuya entrada al diccionario estuvo a cargo del propio Furet y sí fue ubicada en la sección “acontecimientos”. Una ubicación llamativa para un elemento de la revolución concebido como el producto de una misteriosa pulsión, independiente de las circunstancias, dado que su paroxismo, el *Gran Terror*, habría tenido lugar en una república ya salvada de las principales amenazas que pesaban sobre ella. Para Furet, es meses después del pico catastrófico producido por la invasión extranjera, que las curvas del Terror institucionalizado evidencian un aumento extemporáneo tanto a nivel nacional, como en las comarcas donde tuvieron lugar las matanzas colectivas más cruentas,

¹ ANDRESS, David: *El Terror. Los años de la guillotina*, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

² FURET, François y OZOUF, Mona: *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, Alianza, 1989.

³ ANDERSON, Perry: “El pensamiento tibio. Una mirada crítica sobre la cultura Francesa”, *Crítica y Emancipación*, I, 1, (junio 2008), 177-234,

⁴ SAZBÓN, José: «La revisión antihistoricista de la Revolución Francesa», *Cuadernos de Filosofía*, Instituto de Filosofía, Universidad de Buenos Aires, XX, 33, (octubre 1989), pp. 3-29.

llevadas a cabo con la intención de reliquidar categorías de personas que pudieran ser parte de un rebrote contrarrevolucionario: la Vendée y Lyon. El Terror iba rumbo a transformarse en el frío instituto de una pasión que, según Furet, ya había despuntado en el verano de 1789 como un “tipo de mentalidad característico del activismo revolucionario”. Éste necesitaba presuponer la omnipresencia, aunque solapada, de la contrarrevolución, como manera de consolidar un discurso en el cual la defensa de la revolución predominaba por sobre los derechos de los individuos. A dicho discurso le era menester un enemigo tan maleable como lo requiriese la máquina de imaginar conjuras en que se iba convirtiendo la revolución cercada. Dentro de ella se articulaba un circuito semiótico capaz de transformar al “pequeño complot” de Varennes en sustento del mito de un “gran complot”.

Precisamente es la fallida huida del rey en junio de 1791 el hecho que Andress elige como punto de partida de su historia tan documentada como bien narrada. A partir de ese hecho emprende una historia “hacia atrás”, dirigida a los comienzos de la revolución, para luego volver a Varennes y comenzar un análisis “hacia delante”, con el encadenamiento de eventos amenazantes posteriores al descubrimiento de las verdaderas intenciones del rey. Así dispuestos, los sucesos también nos permiten acercarnos a su significación desde la perspectiva de los actores. Se recupera así el dramatismo de una secuencia fáctica, tal vez más determinante que la nube semántica a la cual Furet atribuía la distorsionada amplificación de las amenazas reales.

Andress enriquece la lista de datos que, contra la tesis de la “fijación paranoica”, hoy respaldarían la existencia, si no de un gran complot centralizado, con doctrina única y comando vertical, sí de una sumatoria de pequeños, medianos y no tan medianos complots que, separadamente, aspiraban a destruir la revolución. El autor se apoya en la más reciente y específica producción histórica, en la que se detecta un leve predominio de autores anglosajones, en particular ligados a Oxford y Cambridge. Así desempolva una multitud de curiosidades, como el envío de asignados falsos por parte de la corte exilada al marqués de la Rouairie en junio de 1791.⁵ Se trató de un atentado contra la moneda revolucionaria que, por sí sólo, no alcanza a respaldar la existencia de un “complot del hambre” que operase desgastando al asignado, tal como denunciaban las secciones de París. Pero confiere visos de realidad a la lectura popular de la crisis de suministro. El instinto persecutorio deja de ser el gran generador autónomo de los miedos populares.

Mayor peso adquieren nuevas evidencias de la conspiración allende las fronteras. Un caso son las negociaciones de Luis XVI con Gustavo III de Suecia a través de Axel von Fersen, el visitante secreto de las Tullerías comisionado para tramar la guerra contra la Francia antimonárquica. Andress se apoya en las investigaciones de Bailey Stone, actual impulsor de una perspectiva histórico-global centrada en explicar cómo las hostilidades externas radicalizaron la revolución.⁶ Tiempo después, en noviembre de 1792, otro descubrimiento daría un sustento menos imaginario a la sospecha madre de la revolución. Disimulado en el depósito de las Tullerías, se halló un armario de

⁵ ANDRESS, David: *El Terror...* p. 113.

⁶ ANDRESS, David: *El Terror...* pp. 121-122. STONE, Bailey: *Reinterpreting the French Revolution: a global-historical perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002. Andress reseña este libro en: <http://www.history.ac.uk/reviews/review/299>

hierro con documentos reveladores de que el rey no había escarmentado en Varennes. Y si la naturaleza incorregible de Luis XVI lo impelía a seguir conspirando contra la revolución, estaba a la vista hacia dónde debía avanzar la república.

De igual modo, el apresuramiento por unificar a la sociedad en usos y costumbres a través de un mismo sistema de pesos y medidas, una lengua nacional, o el tuteo, no derivan según Andress de una propensión ideológica a nivelar diferencias, como impone el gusto totalitario. Por el contrario, surge como corrector de la disgregación ruinosa que afectaba de hecho a la República. Era más su consecuencia que su causa, y lo mismo vale para la plena potestad imaginariamente otorgada a una voluntad única servidora de un “gran todo nacional”, homogéneo e indivisible.⁷

Los términos de la ecuación son invertidos en el mismo sentido por el historiador australiano Peter McPhee: “¿por qué existió el Terror en 1793-94? ¿Fue la contrarrevolución la que hizo violenta a la revolución, o fue la violencia revolucionaria de 1793-94 una reacción desmesurada ante la amenaza de una contrarrevolución?”⁸ McPhee cuestiona incluso la asincronía entre los escenarios marcados por los lemas: la “patria en peligro” y el “Gran Terror”. Los mapas del Terror que exhibe muestran que las mayores crueldades tuvieron lugar en los territorios más vulnerables a los ejércitos extranjeros, mientras que las ejecuciones “por oposición política” tendieron, en realidad, a disminuir conforme lo hacía la propia amenaza. Contra las tesis de Furet y Simon Schama sobre los orígenes tempranos de un Terror inmanente a la revolución, que ya habría sido perceptible desde Julio de 1789, McPhee considera insignificantes aquellos brotes del primer bienio comparados con la explosión de libertades y tolerancias que marcó el comienzo de la revolución. A la más elocuente toma social de la palabra que haya conocido la historia no le seguiría en absoluto un mero cumplido legislativo, sino una concreción bastante sistemática de buena parte de los ideales afianzados en los clubes y en las sociedades de pensamiento.⁹ Incluso en aquellas que más tarde se revelarían cantera de las voces más implacables del Terror, así como en las asambleas populares de París, donde el complot aristocrático, afirma Andress, rara vez era un tema antes de la huida del Rey.

A vuelo de pájaro, la suerte histórica que para Perry Anderson diferenció a la revolución china de la rusa, tampoco habría estado del lado de la francesa.¹⁰ A saber, que la conquista del poder fuera posterior a la guerra civil aunque ésta hubiera sido la más larga de la historia como lo fue en China. Lo que diferencia a la revolución francesa de la rusa y de la china, no es sólo un comienzo ingenuo y reformista que sobre el camino se radicalizaría a causa de sus contradicciones dinámicas. Es también

⁷ ANDRESS, *El Terror...*, p. 362.

⁸ MCPHEE, Peter: *La Revolución Francesa, 1789-1799. Una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 177.

⁹ Véase SAZBÓN, José: “¿Para qué estudiar la Revolución Francesa?”, en CERNADAS, Jorge y LVOVICH, Daniel (eds.), *Historia para qué. Revisitas a una vieja pregunta*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2010.

¹⁰ ANDERSON, Perry: “Dos revoluciones”, *New Left Review*, 61.

el comienzo comparativamente tardío de la guerra. Internacional y civil al mismo tiempo, ésta determinaría el giro de la revolución a la izquierda a medida que el motor *sans-culotte* se activara a fuerza de dramatismo patriota y necesidades biológicas. Así, la guerra sería en última instancia la gran usina del Terror, aunque en ocasiones las reacciones punitivas en la retaguardia fueran anticipadas, equívocas o tardías, o incluso alevosamente instrumentadas en la lucha facciosa.

Además esta revolución no sufriría nada remotamente análogo a la degeneración burocrática del régimen soviético, si bien no por ello dejaría de ser oscurecida por la sombra estalinista que le proyectara el mismo espejo historiográfico de signo “antitotalitario” que apuntara su luz tenebrosa hacia el período bolchevique del régimen soviético. El film *Danton* del director polaco Andrzej Wajda es un ejemplo de este oscuro halo cargado de significación anacrónica¹¹. Retrospectivamente el jacobinismo fue objeto de las mismas proyecciones y controversias que intentaron estalinizar al terror bolchevique: ¿latía en él una esencia totalitaria fundada en un mesianismo regenerador de alcance absoluto?, o ¿fueron causas contingentes y sobre todo externas las que desvirtuaron su impronta?

Éste sigue siendo el interrogante que subyace a las nuevas historias de los respectivos terrores revolucionarios. Con la diferencia de que si se comparan los últimos trabajos más resonantes sobre uno y otro, las interpretaciones parecieran ir en dirección contraria: “desestalinización” del jacobinismo por un lado (Andress, McPhee, Darton), y “estalinización” de los bolcheviques por otro. Ejemplo de esto último son los divulgados trabajos de Orlando Figes quien plantea un autoritarismo congénito de los bolcheviques cuya evolución trágica sería el estalinismo.¹² En su imponente historia de la Revolución puede observarse una meticulosidad narrativa del continuo factual de un tenor similar al de Andress, aunque con diferente signo. El fatalismo con que enhebra los hechos y sobre todo las obcecaciones zaristas y liberales que permitieron el triunfo bolchevique no es disimulado en el título: *La tragedia de un pueblo*. Aquí, el hilo histórico se extiende uniendo ante todo los momentos de ceguera y malentendido de quienes pudieran haber evitado el triunfo de la revolución de octubre. Un fatalismo que remite al Tocqueville que reprochaba la “inaudita imbecilidad” de los nobles que habían hecho la revolución sin querer. En el caso ruso se trataría de una tragedia envuelta en otra, desde el momento en que para Figes el terror de los bolcheviques prefigura al monstruo estalinista que los devoraría purga tras purga.¹³

Distinto signo presentan las historias de Andress, MacPhee y los estudios culturales de Robert Darnton. La “vuelta a los hechos” que los trabajos de estos historiadores sugieren va dirigida contra la red conceptual a través de la cual el anterior revisionismo había “oscurecido” a la Revolución francesa, transfiriendo significado

¹¹ Robert Darnton analiza la “estalinización” de Robespierre en el film. Véase *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, cap III, “El cine: *Danton* y el doble entender.”

¹² FIGES, Orlando: *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000.

¹³ Una tesis distinta a la de Sheila Fitzpatrick, para quien, más cerca de Isaac Deutscher, habría sido la guerra civil lo que militarizó a la revolución rusa pervirtiendo la naturaleza política bolchevique. FITZPATRICK, Sheila, *La revolución rusa*: Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

de un terror a otro. Es curioso el hecho de que sean historiadores anglosajones quienes hoy lideren este nuevo revisionismo contrario al que en 1950 iniciara el historiador inglés Alfred Cobban. Aquel primer embate empirista apuntaba contra los “mitos” teóricamente contruidos por el marxismo y la vindicación francesa. Empresa desmitificadora a la que Furet aportaría sofisticados saberes “franceses” para desarmar trampas conceptuales y semánticas tendidas por los propios actores de la revolución y sostenidas en el tiempo por los historiadores marxistas del siglo XX. Lo circular de toda esta dialéctica historiográfica radica en que la obra cumbre del primer revisionismo, *Pensar la Revolución francesa*, volvía a inflar teóricamente los hechos con reciclado de viejas nociones conservadoras y contra-ilustradas. Sólo que ahora estos viejos principios eran talentosamente reelaborados con agregados conceptuales que procedían de las más modernas corrientes antisistémicas ubicadas a la izquierda del espectro ideológico.¹⁴ En efecto, instrumentos novedosos del giro lingüístico y el estructuralismo se conjugaban en esta obra con nociones del joven Marx, por un lado, y con resabios del conservadurismo flexible de Tocqueville y el no tan flexible de Burke, por otro. Esta variedad de recursos en la pluma refinada de Furet, hizo de *Pensar la Revolución Francesa* una de las obras más creativas que haya escrito un historiador del siglo XX a la derecha de su espectro relativo. Sobre todo porque daba continuidad a la apropiación dialéctica de los conceptos adversarios, algo que desde muy temprano había tenido lugar en el perímetro de esta cantera historiográfica universal que desde un principio fue la Revolución francesa. Comenzando por el uso que Marx le había dado a un concepto elaborado por los historiadores burgueses de la Restauración: la lucha de clases como motor de la historia en las sociedades modernas.¹⁵

Volviendo al Terror, Robert Darnton critica más explícitamente esta sobredeterminación del lenguaje, el discurso y la ideología en el análisis de Furet acerca de los agentes que hicieron derrapar la revolución hacia su faz sanguinaria. “En los discursos de los revolucionarios, afirma, el significado no venía preempacado; era inherente al mismo proceso revolucionario”. Y en busca de la cadena de acontecimientos que fueron proveyendo de significado al discurso, llama a rescatar viejas historias narrativas de la revolución, como las de François Aulard, un decano de la Tesis de las circunstancias. “Por pasadas de moda que se encuentren”, Danton defiende aquellas sensatas explicaciones del Terror frente a las que limitan el estudio de su origen a la exégesis filosófica o lingüística. En su criterio, el fatídico mes del Gran Terror extemporáneo de las amenazas declinantes, se debe mucho menos a las

¹⁴ Sobre el uso furetiano de los saberes “estructuralistas” véase SAZBÓN, José: *op.cit.*, «La revisión antihistoricista de la Revolución Francesa». Sobre sus fundamentos conservadores remontables a Burke y Tocqueville véase HIRSCHMAN, Albert O.: *Retóricas de la Intransigencia*, México, Fondo de. Cultura Económica, 1991.

¹⁵ Carta de Marx a Weydemeyer del 5 de marzo de 1852: “...Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas.” <http://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m5-iii-52.htm>

rigideces del lenguaje y del circuito semiótico que a las inercias del pánico suscitado por una guerra sin concesiones y la lucha facciosa intra-republicana.¹⁶

En este mismo sentido el trabajo de Andress estaría completando el círculo historiográfico antes referido. Con renovado “empirismo” aborda la dinámica del Terror haciendo a un lado la supuesta inmanencia misteriosa que habitaría en el discurso, a veces también descrita como una sed milenarista de “sangre impura”. A este historiador le importa menos rastrear la genealogía abstracta del Terror en el discurso, que ponderar en qué proporción compelieron a la violencia implacable los actores dominantes y subdominantes de distintos espacios de la revolución: Convención Nacional, Comuna y secciones de París, municipios y aldeas, formaciones militares patriotas, sin soslayar el margen de autonomía relativa que tuvieron los *representants en misión* potestados para aplastar a cualquier costo la contrarrevolución campesina y las revueltas federales.

Es sobre esta base interactiva que para Andress se conjugaron la aspereza ideológica y los accesos de pánico por un lado, con la fría manipulación de los torrentes vengativos en función de la lucha por el poder. El seguimiento continuo de los actores y espacios que lleva adelante, permite entender cómo el despliegue del hilo del Terror respondió a una compleja fricción de partícipes centrales y secundarios con incidencia cambiante en las sucesivas fases. En la fase espontánea o “desde abajo” a partir de Agosto de 1792 ve consolidarse un heterogéneo circuito militante cuyos ardores y oficios luego se convertirán en instrumentos de las sucesivas rivalidades dentro de la Convención: *montagnards* vs. girondinos, “ultras” vs. “indulgentes”, robespierristas vs. quienes a la postre serían llamados thermidorianos.

Pero el comienzo de la parábola corresponde a la fase de terror espontáneo y “multitudinario” del verano de 1792, respecto al cual Andress comienza por objetar los relatos que criminalizan a la multitud asaltante de las Tullerías. Lo hace revisando los pormenores fácticos del enfrentamiento provocado, a su entender, por la ceguera histórica del rey. Luego aborda las Matanzas de Septiembre, el paroxismo de la fase espontánea. Una de las leyendas negras objetivada pictóricamente, la muerte de la Princesa de Lamballe, es vuelta a diseccionar, esta vez en sus detalles míticos y reales con el fin de revelar los mecanismos disparadores de la fantasía que el hecho suscitó desde el comienzo. La autopsia más documentada que Andress rehace, desmiente el mito escalofriante del cadáver descuartizado por la multitud. Un relato que aún hoy predomina en la divulgación del hecho, como puede apreciarse consignando “de Lamballe” en el buscador de Google.

A estos cuadros de ataques tumultuarios compuestos por afluencias pendencieras y atroces, Andress opone la acción directa de multitudes procedentes del corazón mismo de las secciones. Se trataría de formaciones compuestas en su mayor medida por artesanos establecidos de los históricamente combativos suburbios de Saint-Antoine y Saint-Marcel, todo un promedio de *sans-culottes*. Respecto a las matanzas de presos comunes atenúa su carácter de arrebato colérico, vinculando las categorías predominantes de los condenados con la representación de las amenazas que venía

¹⁶ DARNTON, Robert, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008. Véase el capítulo VI: “Difusión versus discurso”.

fiándose a intramuros. Proteger la retaguardia de la revolución perdidosa en el frente de guerra ya era un asunto dominante en las secciones, una de las cuales venía proclamado: “hacer justicia de forma inmediata y expeditiva contra los criminales y conspiradores recludos en las prisiones”. Lejos de una carnicería extasiada con ira milenarista, para Andress, los juicios sumarísimos que se sustanciaron en la mayoría de las prisiones evidencian una acción sujeta a la mencionada lógica defensiva por errada que estuviera al momento de definir e identificar a los enemigos de la revolución. La buena recepción popular a los exonerados (la mitad de los procesados, que serían paseados en andas), o el silencio atestiguado de las tres mil personas que mantuvieron sitiada a la prisión de Bicêtre serían muestras de una relativa voluntad de justicia observada en los procedimientos de casi todas las prisiones a excepción de Salpêtrière, donde las presas fueron masacradas de un modo que no desmiente los relatos más funestos de aquel septiembre. Con todo, la lógica que según Andress identificaba al ladrón común con el contrarrevolucionario potencial nos remite a mecanismos de imaginación similares a los descubiertos por Georges Lefebvre en relación al Gran Miedo rural de 1789. Así como el pánico campesino se había alimentado entonces de sus miedos legendarios, en Septiembre de 1792, los llamados “monederos falsos” constituyeron a juicio de los *sans-culottes* una categoría de “imperdonables” dado un horror extendido y no menos histórico a la “conjura del hambre”.¹⁷

A propósito de aquel primer Gran Miedo de la revolución, Bronislaw Baczko reparaba en que por irreales que hubieran sido los rumores circulantes en el campo de Francia, la imaginación simbólica contenida en ellos no sólo era heredera de una experiencia vivencial e histórica.¹⁸ También era insuflada por una razón más bien astuta en cuanto a la producción de símbolos. Por desquiciada que pareciera ella avivaba los fantasmas azuzadores que hacían falta para profundizar la revolución en el campo. Pero si, como sostiene Baczko, los saltos al vacío de la revolución obligaban a imaginar o anticipar escenarios produciendo representaciones fantasmáticas más estratégicas que arbitrarias, ¿puede describirse a las cinco corrientes de rumores que constató Lefebvre como derivadas de un desquicio paranoico?

En la siguiente etapa la mirada de Andress, como casi todas las miradas atentas al curso del Terror cuando llegan a este punto, es acaparada por la lucha política alrededor de la Convención. Conforme la virtud republicana se convertía en argumento melodramático de las facciones, se iba formando el plafón retórico que luego sería compendiado en el *oxímoron* de Robespierre “el despotismo de la libertad”. Se trató sin duda de un reinado de la sospecha y la denuncia madrugadora. Hechos por los que esta fase sería asemejada a la mecánica estalinista conducente a las grandes purgas de 1937-1938. Pero, contrastando la investigación de Andress con estudios recientes del estalinismo maduro, queda en evidencia lo insustancial de esta

¹⁷ ANDRESS, *El Terror...*, pp.184-185.

¹⁸ BACZKO, Bronislaw: *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, pp. 33-52.

identificación. En primer lugar no se trataba en el caso francés de una construcción personal ni centralizada, desde el momento en que la delación era impartida desde las distintas fracciones en disputa. Los girondinos no habrían observado una retórica más conciliadora que los *montagnards*, no al menos cuando pedían las cabezas de Marat, Robespierre y Danton. En la visión de Andress, en esta etapa todos los partidos de la nueva república eran sujeto y objeto de la intriga y delación cruzada.¹⁹ Es cierto que los comités de vigilancia, los juicios farsa y la inculpación por extensión familiar, así como los certificados de civismo y la sospecha sobre categorías generales como nobles y sacerdotes, por no hablar del exterminio de “todo lo que se mueve” en Lyon y la Vendée, constituyeron saltos cualitativos del Terror que, *mutatis mutandi*, hoy componen fotografías estáticas susceptibles de ser proyectadas al terror estalinista.

Pero las diferencias en los factores generativos son sustanciales. Mientras el gran terror de Stalin fue impartido centralmente en una situación de dominio monolítico, el Terror se institucionalizó en Francia en el contexto de tres guerras y tres crisis superpuestas. En efecto, la guerra externa, la guerra civil (revueltas federales y levantamientos contrarrevolucionarios) y una guerra intra-republicana con epicentro en la Convención, se yuxtapusieron a las alarmantes crisis de producción, reclutamiento y suministro. Lo que Andress denomina “el sostén del centro” para explicar el empoderamiento de Robespierre, es una confluencia (más mecánica que urdida) de los hilos del sistema acusatorio hacia el lugar ocupado por la facción más “céntrica”, considerando las líneas de fuerza dentro y fuera de la Convención. A medio camino de los ultraradicales cordeleros y los “indulgentes”, Robespierre contiene la presión punitiva de las secciones militantes. Andress lo describe más renuente a las purgas que buena parte de los portavoces facciosos de la Convención por no hablar de las agrupaciones *enragés*, maratistas y hebertistas con anclaje propio en la militancia popular urbana. Era en esta misma línea que Claude Mazauric había descrito al Gran Terror como un “compromiso legalista”: “un esfuerzo por ajustar y por definir el campo legal concedido a la violencia inicial de la Revolución en contra del Antiguo Régimen”.²⁰

El origen múltiple y compartido diferencia al terror jacobino del estalinista tan vinculado a la patología íntima de Stalin alrededor de la cual se iría modelando la burocracia soviética. Pero también es de una mecánica muy distinta a lo que Moshe Lewin denomina “paranoia sistémica” en su intento por ir más allá de Stalin y explicar cómo la pulsión paranoica se convirtió en la forma de razonar del Estado.²¹ Sin negar que la más arbitraria “caza de herejes” de la historia haya derivado del temple paranoico de su caudillo, Lewin intenta trascender el influjo del personaje así como al enfoque moral acotado a constatar una radicalidad del mal paradójicamente heredera de la compasión igualitaria. La “psique” del estalinismo que engendró a este otro Gran Terror no actuaba según Lewin con la frialdad pasmosa que aparentaba, sino bajo la presión turbadora que le provocaba el verse forzada a controlarlo todo.

¹⁹ ANDRESS, *El Terror...*, p. 218.

²⁰ MAZAURIC, Claude, “El Terror”, en VILLAVERDE, José (comp.): *Alcance y legado de la Revolución Francesa*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1989, p. 198.

²¹ LEWIN, Moshe: *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Barcelona, Crítica, 2006.

Invirtiéndose de algún modo la pesadilla kafkiana, para Lewin la reacción paranoica del poder emanaría de su propia pavora a la obligación de vigilar los infinitos rincones de un territorio tan colosal como revuelto sobre sí mismo. A las dificultades que entrañaba planificar sobre una geografía multinacional devastada, le suma la mezcla caleidoscópica de los agregados sociales al cabo de flujos millonarios de campesinos fugados a la ciudad y de habitantes urbanos escapados al campo. Luego de la deskulakización y de los éxodos recíprocos, la tarea coactiva desquiciaría al propio Estado que ahora, señala Lewin, debía “obligar al grueso de la población a desempeñar el trabajo que, hasta entonces, había hecho de *motu proprio*”.²²

Distinta, aunque no incompatible, es la explicación más coyuntural de Orlando Figes. En *Los que susurran* establece como primer desencadenante del Gran Terror el pico paranoico que le provocó a Stalin la inminencia de una guerra masiva de doble frente, como en 1936 le dieron a prever la ocupación alemana de Renania y la japonesa de Manchuria.²³ Mismo año en que la guerra civil española lo habría convencido de la necesidad de acelerar el ritmo purgativo en prevención de potenciales disidencias internas como las que, según él, habían dividido al frente republicano condenándolo a la derrota. Mucho más que una reacción al asesinato de Kirov en 1934, el móvil principal de las grandes purgas y los procesos espectáculos de 1937 y 1938 habría sido depurar las áreas burocráticas. Y hacerlo con un tendido ancho de la red de captura de modo de incrementar la probabilidad de pescar restos bolcheviques y otras posibles quintas columnas. Molotov lo reconocería parcialmente en 1986: “Era poco probable que todas esas personas fueran espías pero no se podía confiar en ellas en el momento decisivo”.

Los archivos desclasificados durante la Perestroika avalan la conciencia del carácter arbitrario de las purgas al voleo, doblemente “preventivas” por el terror que suscitaban. Estos materiales revelan la existencia de cuotas de detenciones obligatorias para los poderes comarcales, algo que Hanna Arendt señalaba en *Los orígenes del totalitarismo*. Siguiendo el relevamiento que de la nueva documentación hizo Antonio Fernández García, la asignación de cuotas estaba sujeta a cubrir territorios.²⁴ Los cupos determinaban para cada república un número de condenados a prisión y otro de condenados a muerte con independencia de la presunción de delitos contra el Estado.

La radicalidad de la intriga en la cúspide del sistema caudillista constituye entonces una sustancial diferencia entre ambos terrores. El seguimiento de Andress permite apreciar la paradoja de que en diversas ocasiones el pulsado de los hilos del Terror por Robespierre tuviera como objetivo darle fin a la delación cruzada entre fracciones; una suerte de terror contra el terror. Cierta dispersión persistiría incluso durante la fase que Andress denomina “glaciación”, la del terror maquinal, desquiciado, sin sentido. Salvada la revolución de sus amenazas internas y externas, eliminados los “ultras” y los “indulgentes”, congeladas las secciones y puesto “el entusiasmo bajo sospecha”, quedarían más que extemporáneos los micro-terrores inerciales

²² LEWIN, Moshe, *El siglo soviético...*, p. 92.

²³ FIGES, Orlando: *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, Barcelona, Edhasa, 2009.

²⁴ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Sobre el terror estalinista: La documentación desclasificada”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 301-315.

de algunos *representants en mission*. La introspección perturbada de Robespierre con sentimientos extrañamente autocompasivos, así como las reflexiones del joven Saint-Just parecen propias de una conciencia trágica tan remordida como no puede imaginarse que pudiera haberlo estado la conciencia de Stalin. Según Lewin, antes de morir en 1953 el dictador georgiano estaba pensando en otra gran redada preventiva.²⁵ No habría experimentado nada parecido al balance auto apologético pero melancólico de Robespierre y Saint-Just. Éstos habían salvado a la revolución con métodos contradictorios a su naturaleza política. En ello radicaba la tragedia de los líderes jacobinos como tal expresada en sus últimos gestos fatales. La manera en que Robespierre fue madrugado por la conjura thermidoriana remite mucho menos al modo de proceder de Stalin, que a las vacilaciones de Trostky en las pulseadas decisivas con su acérrimo rival. En cualquier caso, es impensable que el georgiano hubiera precavido a sus enemigos con amenazas de muerte que una vez proferidas fueron dejadas en la suspensión del aire. No otra cosa hizo el Incorruptible en su discurso del 26 de Julio de 1794, dos días antes del golpe Thermidor. Un gesto en principio altanero sobre el que George Rudé se ha preguntado si fue un error fatal, o si “¿se trató sencillamente de fatiga o de una intencionada búsqueda del martirio?”²⁶

²⁵ LEWIN, *El siglo soviético...*, p. 189.

²⁶ RUDÉ, George: *La Revolución Francesa*, Vergara, Avellaneda, 2004, p. 193.